

JOSÉ MARÍA GALIANA

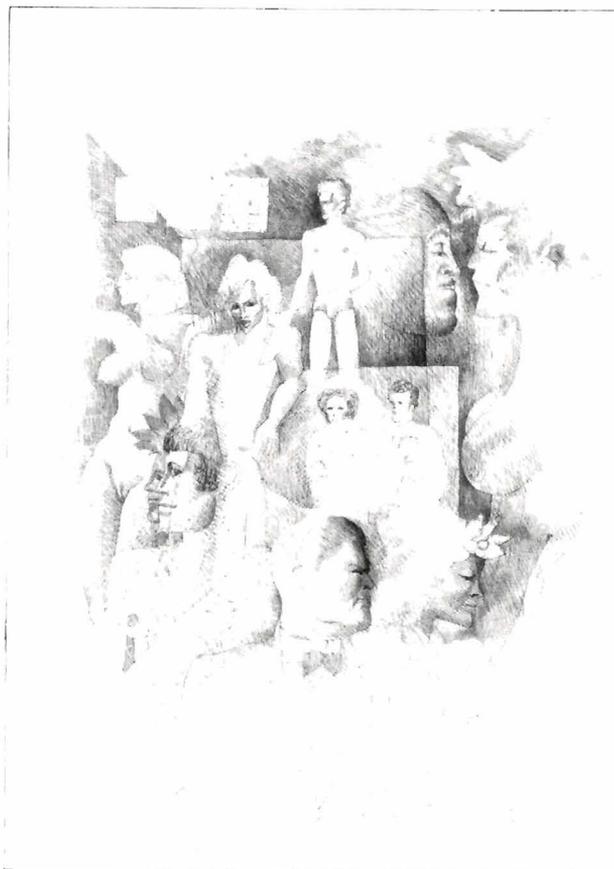


Ilustración de Paco Serna

LA última vez que fui a su casa, el otro Pedro nos complació con un arroz —oloroso de tomillo— en el invernadero que acristala y hace amable la cocina. Esta noche he regresado al oasis magrebí que habita en la subida del Verdolay, he recordado la cita árabe, he visto que de la fuente manaba agua, que las buganvillas trepan hasta lo alto y luego se desmayan por el muro color Marrakesh, y los jazmines (ay, venía de de escucha a Francisco Brines en el Almudí: “Yo sé que olí un jarmín en la infancia una tarde, y no existió la tarde”) salpican de nieve el emparrado que aroma la entrada.

En la albura del salón de amplia chimenea, me llamaron la atención un par de muebles antiguos, la lámpara holandesa que ilumina la estancia, un torero de Andrés Conejo que me recordó a Pedro Flores, la marina de Molina Sánchez y los cuadros de

Luis Garay, Sofía Morales, Ramón Gaya y Severo Almansa. Subimos a la terraza y miramos la noche que deposita el otoño sobre la Estación Sericícola. En la torreta, rodeado de libros y recuerdos, Pedro Cobos me anuncia el próximo hijo literario que en navidades sacará a la luz la editorial Hiperión: *La vida perdularia*. Son 622 páginas que se desarrollan, folio a folio, sobre sucedidos de esta región.

Dentro de un orden, algo hay de perdulario en este escritor que reconoce haber aprendido el castellano en lugares de aparente mala nota o hablando con muleros en el ámbito rural, rescatando la riqueza lingüística que atesoran. Le gusta el trato con gente de toda condición y andar atento al vocabulario porque la palabra es la casa del ser. También es preciso escribir y romper mucho, hasta llegar a esa madurez que lleva a pensar y sentir lo que haces. “Mi manera

de escribir” es el título de la conferencia-charla-coloquio de amigos, que se convoca para el próximo día 29.

A este abogado sin ejercicio, al que Tierno le dio sobresaliente y cuando fue a pedirle matrícula se vió obligado a contestarle: ¡Pero hombre, si no ha venido usted por aquí nunca!, no me lo imagino en aquellos diez años seguidos que dio clases en la Universidad, no por incompetencia o falta de verbo ocurrente, sino porque el horario fijo es cosa del demonio y eso de madrugar no casa con su espíritu independiente y trasnochador.

Lo que al morciguillo Cobos le gusta es vivir de noche, ponerse una chilaba blanca, leer mientras se enfría la infusión de hierbaluisa, recibir visitas o escribir; en suma gozar de las sombras cuando parece que nada sucede —no hay nada sin nada, que dijo Lucrecio—, a esa hora en que el silencio empaña los cristales, los libros más usados se ponen a dar brincos en la estantería y el agua sigue manando del muro trenzado de buganvillas.

Este Pedro Cobos que debe su modo de vivir a los sufíes con los que anduvo cuatro meses, acostumbra a mentar cosas y, acto seguido, a demostrarlas, para que el visitante no desconfíe de su veracidad; así, te obliga a leer el elogio de Fernando Quiñones, Tierno Galván, Mingote o Camilo José Cela sobre su ¡Ay de mi Alhama!: “Que delicia su libro, le agradezco que lo haya escrito porque he gozado mucho con su lectura y aprendido no poco en sus páginas. El desarrollo de la acción está llevado de mano maestra y el censo de su dramatis personae, es toda una pieza de la mejor literatura”.

Para él, escribir un libro es como componer música, tiene que llevar su ritmo, dejar silencios que hagan pensar, buscar la sencillez y cuidar mucho los adjetivos. No hago aquí relación de lo publicado porque se llevaría medio folio. Lo que ignoraba era su faceta como actor. Con la hierbaluisa ya templada, ha abierto su último libro publicado “Millán 3.1.3.”, y me acerca a los per-

sonajes. Elena, Constantino o Flavia, salen de su voz como si él fuera cada uno de ellos, con el gesto preciso y el acento adecuado a cada cual. Y aquí descubrí al Pedro Cobos niño, ora consentido, ora enigmático, ora convulso, ora ocurrente, y no digo que “ora pro nobis”, porque aunque se postre a orar, desde su ateísmo reniega de los falsos católicos que no actúan como tales salvo cuando van de boda o ven la muerte cerca, haciendo llamar a un sacerdote de urgencia. El quiere morirse rodeado de amigos y fumando un cigarrillo verde: Hay cosas / que hay que arrancarlas de cuajo / y echarlas en una fosa. / Cosas / que donde mejor están / es pudriendo bajo tierra / tapadas con una losa. / Rosa / dame un cigarrillo verde / para enterrar estas cosas.

Esta es una de las canciones que escribió para Marisol en su “Galería de perpetuas”; antes hizo los textos par a una producción de Aguaviva que estuvo seis meses en el Valle Inclán de Madrid, y más recientemente, para Concha Márquez Piquer, con quien mantiene buena amistad, de tal modo que vas a su casa y te ves al Ramiro Oliveros tomándose un gin tonic, o a su suegra, doña Concha Piquer, bajando la escalera de mármol blanco como si viniera de interpretar, en otro tiempo glorioso, el Romance de valentía / por tu vergüenza torera.

Pedro, feliz de tener como huésped a la mayor gloria de canción española, se pasa el día diciéndole de usted, y doña Concha empeñada en que la tutee, y en estas idas y venidas, se imagina los diez años que hubiera pasado tras el baúl de la Piquer en vez de acudiendo a la Universidad.

Ahora, imposibles ya ambas opciones, Pedro Cobos se sube a la torreta, deja que se enfríe la infusión de hierbaluisa, y cuando siente que la noche empaña los cristales, coge un libro de los que brincan en la estantería y se pone a soñar.

Así me lo dejé la otra noche, cuando el otoño espesaba sus soledades sobre la Estación Sericícola, y a lo lejos, desde la iglesia de la Alberca vecina, sonaban tres campanadas.